

Una visión erótica del mundo

Federico Patán

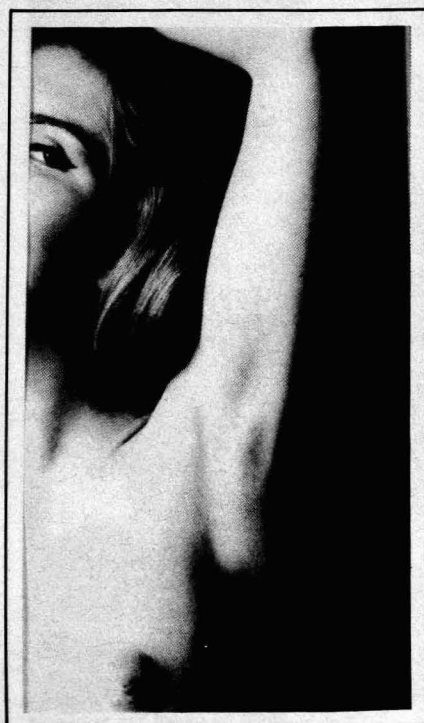
Lo breve, suele decirse, duplica la bondad del arte. Y, desde luego, nada tan aburrido como una mala novela que insiste en no acabar nunca; o una película desastrosa, cuya hora y media de duración parece alargarse todo el día. Pero en ocasiones lo breve tiene sus inconveniencias. Por ejemplo, vamos de poema en poema, acumulando datos, agradeciendo ciertas zonas de escritura, desentrañando imágenes y, de pronto, el libro se nos ha terminado cuando el espíritu va apenas a lo que supone la mitad del recorrido. Así con *Sobre cómo apresar la vida de las estrellas*, de Eloy Urroz (Estados Unidos, 1967). Hasta donde nuestras fichas sean correctas, se trata de la tercera plaqueta que Eloy publica. Hubo una primera en 1984, llamada *Poesía de principio*; vino más tarde, en 1988, *Ver de viento*. Ya teníamos entonces constancia de algunos elementos que a Eloy le son imprescindibles como poeta, al grado de que vuelven a surgir en el libro motivo de esta reunión. Desde luego, no hay pecado en tal insistencia, pues todo escritor madura con el perfeccionamiento de sus herramientas, y esto ha venido haciendo Eloy. Justo dicha maduración ocasiona la sensación de cese abrupto que comentábamos, pues el gusto de saborearla termina demasiado pronto.

Veamos esos elementos de uso cotidiano en la poesía de Eloy. En primer lugar, un lirismo cargado de sensualidad. En efecto, Eloy impregna sus versos con una visión del mundo decididamente erótica, no importa que hable de la naturaleza, del amor o incluso de lo religioso. Esa sensualidad brota al contacto de los sentidos con el entorno; por ello, la vista y el tacto predominan como vías de conocimiento. De aquí ese "canto la noche que se mete en los ojos" o bien "si no te toco aún siento/ eso que tengo en los ojos: a ti", donde la busca del cuerpo que va a complementarnos se levanta como necesidad absoluta. Y no por que la experiencia vaya a quedarse en el cuerpo, no; ocurre que de allí se parte en un impulso de aprisionar lo espiritual. Por tanto —fórmula constante en toda relación verdadera— cuerpo y alma forman un todo cuya división impide el amor real. Tal conciencia nos entregan varios poemas de Eloy.

Esta sensualidad desemboca en atmósfe-

ras muy cargadas con el gozo de vivir, sin negación por ello de ciertas oscuridades, y en versos donde cualquier nacimiento es índice de pujanza existencial. Es notable la insistencia del poemario en palabras claves señaladoras de esa inclinación: surco, carne abierta, valvas, zumo de mi cuerpo, útero, vulva, etc., con el agregado muy repetido y sintomático de la palabra sangre. Incluso la noche participa en tal insistencia en la continuidad de la vida.

Esto, aclaremos, no se limita al amor de la pareja humana. Desde su primera publicación Eloy mostraba inquietud por la imagen de Cristo, y no deja en esta tercera entrega poética de explorar el sentido de tal figura. Aquí, el erotismo se proyecta en el campo de la mística, siguiendo una tradición de mucha riqueza en la poesía española. De esta manera, poemas como "Canto la noche" o "Eras todas las cosas" aceptan sin problemas una lectura doble; la primera lleva al texto por el camino de lo religioso y la segunda por el camino de lo mundano. En ocasiones, la imaginería mística presta sus recursos a un poema amoroso, y entonces brotan dos líneas como éstas: "Su amor fragmentado caliente/ depositó suavemente en mi costado..."



Ahora toca plantearnos una pregunta: y todo esto ¿para decir qué? Pues la poesía busca un cómo para expresar algo. El mejor camino es arrancar de Eliot, situado mediante un epígrafe a la puerta del libro. Se propone allí una fórmula de vida compuesta de contrarios en complementación, no sin su saborcillo de filosofía oriental. Ballagas dará la otra clave: el poeta crea incluso lo que no existe. A partir de esa vertiente doble, Eloy abre sus poemas a la claridad. Trazará una y otra vez correspondencias entre los diversos elementos que componen el mundo, hasta llegar a la conclusión lógica: todas las cosas constituyen lo uno; éste no vivirá sino en razón de ser múltiple. De esta manera, unos aspectos de la existencia se infiltran en otros y a su vez son infiltrados por el entorno.

De aquí un aspecto más de esta poesía: parece apoyada en los cuatro elementos que proponía la cultura griega: aire, tierra, agua y fuego. Los tenemos constantemente en diversas combinaciones, y poemas hay que pertenecen más a uno de estos elementos que a los otros. Si de ejemplos se trata, "Desde este silencio" pertenece al fuego, "Lola" al agua, "El día nos habita" a la tierra y el "Manifiesto" a las cuatro porciones.

Para expresar su gozo de vida, su sensualidad, el libro se apoya en varios recursos. Uno de ellos, lo vimos ya, el vocabulario elegido. Otro, un juego constante con el lenguaje, que en ocasiones se basa en la aliteración —como en el oxímoron "sonoro silencio"—; que a veces aprovecha las apoyaturas fónicas —acercar "palmeras" a "palomas" o "verano" a "venero"—; que gusta de las enumeraciones; que aprovecha el doble sentido de algunos términos —"llamas" en el sentido de fuego y como el verbo llamar—; la intertextualidad, con préstamos de la cultura hebrea, de la griega, de la mexicana; con mención de Ballagas, de Pellicer, de Bartolomé, etc. Eloy, astutamente, amplía el sentir de sus poemas mediante estas intercalaciones.

¿Nuestro balance?: tenemos poeta. Un poeta bien preparado a través de su relación con poesías anteriores. Un poeta con una zona temática claramente delimitada en sus tres poemarios. Un poeta que en ocasiones se engolosina con los elementos formales de un poema y que en otras se excede en entusiasmo, pero que sabe adónde quiere ir y cómo desea llegar. ♦

Eloy Urroz, *Sobre cómo apresar la vida de las estrellas*. Cuadernos de Praxis/Dos Filos. Universidad Autónoma de Zacatecas. México, 1989. 44 pp.